

Rincones con historias



LA VIDA POR LOS RINCONES

Apreciados socios del Jaraiz, a lo largo de todos estos años que llevamos editando la revista, se ha hecho referencia a muchos de los usos, costumbres y tradiciones que conforman la vida e historia de Oseja, también se ha escrito e incluso fotografiado a la mayoría de parajes y rincones de nuestro coqueto pueblo y su término, por eso cuando surgió la idea de un artículo que continuara la idea de rincones con encanto, se pensó en darle un enfoque más íntimo y personal, que no fueran solo paisajes o rincones recoletos, que fueran rincones vividos, que cada sitio evocara uno o varios recuerdos que permanecen indelebles en nuestra memoria, o a la inversa, que un recuerdo imborrable de nuestro pasado nos lleve a un lugar y a una época concreta, aunque haya desaparecido o ya no sea el mismo que fue.

Se que esto es imposible de plasmar en un artículo, pues cada uno tenemos nuestras vivencias particulares e íntimas, algunas serán compartidas con otras personas y otras tendrán un significado especial solo para nosotros, de cualquier forma estoy seguro que todos tenemos alguna. Las habrá que pueden ser contadas y compartidas y otras que por prudencia o recato preferiremos guardarlas en el baúl de nuestra memoria bajo

siete llaves. En cualquier caso os invito a que nos hagáis llegar en forma de escrito, ese rincón con la vivencia o vivencias que os evoca, que os hace quedar absortos, con una sonrisa en los labios, con una lágrima en los ojos o con el corazón encogido, mientras pasa por vuestra mente.

¿Quién no tiene una primera vez? Una primera experiencia, un primer beso, una primera imagen, un primer descubrimiento, un primer trabajo, un primer amor (aquí los pajares y algún escondido ribazo tendrían mucho que decir), una despedida o un adiós, un momento de felicidad que como un flash quedó grabado en nuestra retina como si no hubiera otra cosa en el mundo, todo ello unido a un lugar concreto, a unas piedras que puede que ya no estén ahí, pero que permanecerán en nuestra memoria como el primer día.

Uno de esos rincones por desgracia ya desaparecidos estaba en la calle peñuelas que bajaba en zigzag desde la puerta de la tía Escolástica hasta la calle zadarrincón a la altura de jolfilla, en la primera curva había un rellano con un muro de piedra en el que había una puerta que daba acceso al corral donde tendía la Teresa la de la Tía Pía. Ese muro al abrigo del cierzo y cara al sol de la tarde, era un acogedor lugar donde los

Rincón de las meriendas menos infantiles





San Antonio.

días de invierno se reunían para coser las féminas, principalmente abuelas que aprovechaban los tibios rayos de sol para calentar sus arrugados rostros y sus nervudas manos, mientras hacían punto, apañaban pantalones y de paso a alguna vecina díscola. Pues en este lugar pasaba también algunas tardes un niño al que invadía una sensación de seguridad, bienestar y calidez solo comparable a la del útero materno, y que con el paso de los años aún no se ha borrado de su mente.

Una sensación no tan agradable esta asociada también a un lugar próximo, frente a la casa de la tía Escolástica se encontraba la entrada a la casa de la tía Vírgenes, la cual estaba franqueada por un murete a la derecha y como unos pajares a la izquierda, estos con la puerta en alto y unas escaleras de losa para poder acceder a ellos, aquí fue donde se desarrolló la escena, con mi ocasional compañera de juegos decidimos jugar a papás y mamás, aprovechando las cáscaras verdes de las almendras hicimos comiditas, yo hacía que me iba a trabajar al campo y cuando regresaba ya de noche pues a la cama, aquí surgió el problema, con la infinita curiosidad de inocentes infantes nos dedicamos a investigar nuestras partes íntimas, y en eso estábamos cuando un torbellino de indignación e improperios cayó sobre nosotros a la vez que la zapatilla de la Teresa golpeaba con saña nuestras desnudas posaderas afeándonos la conducta, el escozor de trasero y el sentimiento

de culpa no creo que se me olviden en la vida.

Otro recuerdo asociado a un lugar ocurrió a principio de los años setenta, cuando la escuela estaba en sus últimos momentos de apogeo, con chicos y chicas que hoy peinan canas e incluso algunos ya son abuelos, fue durante el recreo que los crios disfrutábamos en la pedregosa plaza del pueblo con diversos juegos donde se desarrolla la imagen, jugábamos a balón prisionero en una mañana soleada de primavera, la intensidad del juego era proporcional a la desbordante energía que emanaba de los jóvenes cuerpos, fue en un momento de máxima agitación cuando para recuperar el resuello me senté todo sudoroso en el poyo que había junto a la puerta del tío Alejandro, desde allí contemplé con la respiración entrecortada una imagen que me hizo pensar lo feliz que era en ese instante, a mi alrededor todo eran risas y una ausencia total de penas y preocupaciones, y me juré que a pesar de lo que me deparara el futuro incierto, estuviera donde estuviera, jamás olvidaría ese momento de infinita felicidad, ni esa estampa que se desarrollaba ante mis ojos en la pedregosa plaza Mayor de Oseja.

No todos los recuerdos son así de amables, de hecho un mismo lugar puede traer recuerdos y sentimientos contrapuestos, es lógico en un pueblo tan pequeño donde la vida se desarrolla de forma reiterada en un espacio limitado, un

ejemplo es la escuela. En el descansillo que separaba la clase de los chicos y las chicas hay dos momentos angustiosos, de diferente naturaleza, que me vienen a la mente cuando subo por las escaleras. El primero era de moco y lágrimas ante la desesperación y la angustia de verme privado de entrar a clase con los demás niños a los que veía por el ojo de la cerradura, y es que no comprendía que no tenía edad para ir a la escuela y tan pequeño solo podía ser un incordio para el maestro y los demás niños, aunque alguna vez me dejaron entrar e irradiaba felicidad mientras José Manuel el herrero me hacía dibujos para entretenerme en los pupitres del fondo. El otro momento de angustia infinita creo que era compartido, esta vez sin mocos ni lágrimas aunque con un notable temblor de piernas, pues era mayorcito. Transcurría cuando esperábamos la llegada de la maestra por la mañana en ese mismo rellano, creo que fue la última que tuve en el pueblo, era tal la mala leche, la amargura y la inquina que destilaba y transmitía esta maestra que hasta el pobre Rafael, que era más pequeño lloraba, pataleaba y se agarraba a todos lados para impedir que su abuela, la buena de la tía Antoñica, lo arrastrara hasta clase, lo cual no hacía sino agrandar la angustia que mi persona sentía cuando veía subir a la maestra por las escaleras.

Este espacio fue también escenario de gratos recuerdos, como los vividos durante la representación teatral que hicimos con la Srta. María Pilar Ortiz para todo el pueblo y que fue el germen del primer viaje de estudios que hice en mi vida. Otra imagen agradable asociada a la escuela es la gente del pueblo bailando en la abarrotada clase con los músicos al fondo tocando pasodobles, no se porqué ese año se celebró el baile de las fiestas en las escuelas ni como cupimos, pero bailar se bailó. Y como no cuando ya en desuso nos la dejaron unos años como peña, esos bailes "agarraos" con las lentas sonando en el tocadiscos, esas primeras mariposas en el estómago, esos primeros besos furtivos, esas torpes primeras caricias grabadas a fuego en la piel, o esas primeras borracheras que nos enseñaron que en esta vida todo tiene un precio que hay que pagar, ya sea con resaca o con "dolor" tras el calentón.

El San Antonio es un paraje que me trae también grandes recuerdos, ya sea en las pilas que durante la vendimia servían de depósito de la uva cortada, pasábamos la tarde viendo como descargaban los cuébanos de las caballerías, los pesaban y vaciaban en las pilas repletas de uvas



La pedregosa plaza.



Canal del barranco del San Antonio



Rincón de las meriendas infantiles



Pajares.

mientras nosotros nos metíamos de lleno en ellas en busca del racimo de moscatel o de cribatinaja que tan dulce y escaso era. La acequia y la canal de madera que cruzaba el barranco en la parte de abajo del San Antonio era un lugar idílico, fresco y verde, ideal para pasar lo peor de la canícula durante el verano, pero también era el escenario de las regatas que organizábamos con latas de sardinas y similares a modo de barcos, la emoción de la competición era tal que animábamos a grito pelado a los “balandros” como si realmente llevaran tripulación (¡vamos Ortiz!!!! ¡adelante calimar!!!!) llamándolos por el nombre de la marca conservera.

Otro sitio de este mismo paraje, que servía como último recurso para huir del calor era la balsa del cascajal, donde medio a escondidas de nuestras madres nos bañábamos algunos días, primero en agua cristalina e instantes después en un caldo de agua arcillosa removido por nuestros pies, este baño, además de refrescarnos, nos dejaba la piel suave e hidratada que talmente parecía que salíamos de un balneario en lugar de una balsa de riego. Fueron muchas tardes de plácida tranquilidad mientras nos secábamos al sol encima de las piedras, y alguna que otra de salir corriendo descalzos con la ropa en la mano porque venía el regante de turno y nos echaba a escaparrear con muy malas pulgas.

Una actividad muy ejercitada y de gratos recuerdos, “en Oseja por comer todo se deja” era la organización

de meriendas colectivas, para ello se comenzaba desde muy jovencicos. Las primeras que recuerdo tenían lugar en un rincón que llamábamos “la mesa”, era una enorme piedra lisa que estaba en alto un poco más arriba de la fuente, allí nos juntábamos y cada uno traía algo de merendar de casa que juntábamos para compartir. Era el rito iniciático que daba lugar a que más adelante nos hiciéramos con la llave de alguna bodega y entonces si emuláramos a los mayores, comiendo y bebiendo vino, lo que traía consigo más de una borrachera que unas veces uno y otras otro cogíamos, de forma que prácticamente todos fuimos pasando por el trance de los vapores etílicos y la traicionera resaca que nos hizo comprender que los excesos se pagan y que la moderación es una virtud. Lecciones de vida que fuimos aprendiendo a lo largo de innumerables tardes, en las que la armonía y la amistad se respiraba entre vaso y vaso delante de un paisaje para mi incomparable; las rocas de la Azoria, el monte de la dehesa y al fondo la Virgen de la Sierra. La paz y la quietud de los atardeceres osejanos con buen vino y mejor compañía.

Muchos sitios evocadores de recuerdos y vivencias y muchos los que se quedan en el tintero, por eso nos gustaría que tu, lector y querido socio fueras partícipe de esta memoria colectiva y nos hicieras llegar algún rincón vivido por ti en este rincón del mundo que es Oseja. Un abrazo.

Antonio López.



Plaza.